

Madre Santa Iglesia romana (1), y con determinacion, que ántes que venga á vuestras manos, hermanas y hijas mias, lo verán letrados y personas espirituales. Comienzo en nombre del Señor, tomando por ayuda á su gloriosa Madre, cuyo hábito tengo, aunque indina de él; y á mi glorioso Padre y Señor San José, en cuya casa estoy, que asi es la vocacion de este monasterio de Descalzas, por cuyas oraciones he sido ayudada continuo. Año MDLXXIIJ, dia de San Luis Rey de Francia, que son XXIIIJ dias de Agosto.

Sea Dios alabado.

(1) La palabra *romana* está, al parecer, sobrepuesta á la *y*: tanto esta letra como la dicha palabra, parecen de distinta mano, y de letra más gruesa y posterior.

JESUS MARÍA.

COMIENZA LA FUNDACION

DE

SAN JOSÉ DEL CARMEN DE MEDINA DEL CAMPO.

CAPITULO I.

De los medios por donde se comenzó á tratar de esta fundacion y de las demás.

1. Cinco años despues de la fundacion de San José de Avila, estuve en él, que á lo que ahora entiendo, me parece serán los más descansados de mi vida, cuyo sosiego y quietud echa harto ménos muchas veces mi alma. En este tiempo entraron algunas doncellas religiosas de poca edad, á quien el mundo, á lo que parecia, tenia ya para si, segun las muestras de su gala y curiosidad (1): sacándolas el Señor bien apresuradamente de aquellas vanidades, las trajo á su casa, dotándolas de tanta perfeccion, que eran (2) harta confusion mia, llegando al número de trece, que es el que estaba determinado, para no pasar más adelante. Yo me estaba deleitando entre almas tan santas y limpias, á donde sólo era su cuidado de servir y alabar á nuestro Señor. Su Majestad nos enviaba allí lo necesario sin pedirlo, y cuando nos faltaba, que fué harto pocas veces, era mayor su regocijo. Alababa á nuestro Señor

(1) Curiosidad, no significa aquí *limpieza* ni *deseo de averiguar algo*, sino más bien lujo, elegancia y exceso de aliño.

(2) En las ediciones anteriores decia *era*, mas en el original se ve claramente la abreviatura.

de ver tantas virtudes encumbradas, en especial el descuido que tenían de todo mas de servirle (1).

2. Yo que estaba allí por mayor (2), nunca me acuerdo ocupar el pensamiento en ello: tenía muy creído, que no había de faltar el Señor á las que no traían otro cuidado, sinó en cómo contentarle. Y si alguna vez no había para todas el mantenimiento, diciendo yo fuese para las más necesitadas, cada una le parecía no ser ella, y así se quedaba hasta que Dios enviaba para todas. En la virtud de la obediencia, de quien yo soy muy devota, aunque no sabía tenerla, hasta que estas siervas de Dios me enseñaron, para no lo ignorar, si yo tuviera virtud, pudiera decir muchas cosas que allí en ellas ví. Una se me ofrece ahora, y es: que estando un día en refectorio, diéronnos raciones de cogombro (3): á mí cupo una muy delgada, y por de dentro podrida. Llamé con disimulación á una hermana de las de mejor entendimiento y talentos que allí había, para probar su obediencia, y dijela que fuese á sembrar aquel cogombro á un hortecillo que teníamos. Ella me preguntó, ¿si le había de poner alto ó tendido? Yo le dije que tendido. Ella fué y písóle, sin venir á su pensamiento que era imposible dejarse de secar, sinó que el ser por obediencia le cegó la razon natural (4), para creer era muy acertado. Acaeciame encomendar á una seis ó siete oficios contrarios, y callando tomarlos, pareciéndole posible hacerlos todos. Tenía un pozo, á dicho de los que la probaron, de harto mal agua, y parecía imposible correr, por estar muy hondo. Llamando yo oficiales para procurarlo, reianse de mí, de que quería echar dineros en balde. Yo dije á las hermanas, ¿que qué les parecía? Dijo una — Que se procure: nuestro Señor nos ha de dar quien nos traiga agua, y para darles de comer;

(1) En todas las ediciones anteriores viene adulterado este pasaje, pues dice: «de todo lo demás sino de servirle.» El adverbio *mas* equivale á decir *excepto*. La frase era castiza, segun solia usarse entonces.

(2) Superiora ó Priora.

(3) *Cogombro* por *cohombro*, especie de pepino: todavía por tierra de Ávila y Salamanca lo pronuncian de ese modo, y la Academia lo admite.

(4) En el original están borradas las palabras «le cegó la,» y sustituidas con *captivó su... en servicio de Cristo. Exceceavit mentes inſidelium*, dice San Pablo.

pues más barato sale á su Majestad dárnoslo en casa, y así no lo dejará de hacer.—Mirando yo con la gran fe y determinación con que lo decía tívelo por cierto, y contra voluntad del que entendía en las fuentes, que conocía de agua, lo hice, y fué el Señor servido que sacamos un caño de ella, bien bastante para nosotras, y de beber, como ahora lo tienen. No lo cuento por milagro, que otras cosas pudiera decir, sinó por la fe que tenían estas hermanas, puesto que pasa así como lo digo, y porque no es mi primer intento loar las monjas de estos monasterios, que por la bondad del Señor, todas hasta ahora van así. Y de estas cosas, y otras muchas, sería escribir muy largo, aunque no sin provecho; porque á las veces se animan las que vienen á imitarlas; mas si el Señor fuere servido que esto se entienda, podrán los prelados mandar á las prioras que lo escriban.

3. Pues, estando esta miserable (1) entre estas almas de ángeles, que á mí no me parecían otra cosa, porque ninguna falta, aunque fuese interior, me encubrían, y las mercedes y grandes deseos y desasimiento que el Señor les daba, eran grandísimas; su consuelo era su soledad, y así me certificaban, que jamás de estar solas se hartaban, y así tenían por tormento que las viniesen á ver, aunque fuesen hermanos. La que más lugar tenía de estarse en una ermita, se tenía por más dichosa. Considerando yo el gran valor de estas almas, y el ánimo que Dios las daba para padecer y servirle, no cierto de mujeres, muchas veces me parecía que era para algun gran fin las riquezas que el Señor ponía en ellas; no porque me pasase por pensamiento lo que despues ha sido, porque entónces parecía cosa imposible, por no haber principio para poderse imaginar, puesto que mis deseos, miéntras más el tiempo iba adelante, eran muy más crecidos de ser alguna parte para bien de algun alma; y muchas veces me parecía, como quien tiene un gran tesoro guardado y desea que todos gocen de él, y le atan las manos para distribuirle: así me parecía estaba atada mi alma, porque las mercedes que el Señor en aquellos años la hacía eran muy grandes, y todo me parecía

(1) Las palabras *esta miserable* están borradas en el original, y sustituidas con la palabra *yo*, de distinta letra al parecer.

mal empleado en mí. Servía al Señor con mis pobres oraciones siempre, y yo procuraba con las Hermanas que hiciesen lo mismo, y se aficionasen al bien de las almas y al aumento de su Iglesia, y á quien trataba con ellas, siempre se edificaban, y en esto embecía mis grandes deseos.

4. A los cuatro años, me parece era algo más, acertó á venirme á ver un fraile francisco llamado fray Alonso Maldonado, harto siervo de Dios, y con los mismos deseos del bien de las almas que yo, y podíalos poner por obra, que le tuve yo harta envidia. Éste venía de las Indias poco había: comencéme á contar de los muchos millones de almas que allí se perdían por falta de doctrina, é hizonos un sermón y plática animando á la penitencia, y fuése. Yo quedé tan lastimada de la perdición de tantas almas, que no cabía en mí: fuíme á una ermita con hartas lágrimas, y clamaba á nuestro Señor, suplicándole diese medio como yo pudiese algo, para ganar algún alma para su servicio, pues tantas llevaba el demonio, y que pudiese mi oración algo, ya que no era para más. Había gran envidia á los que podían por amor de nuestro Señor emplearse en esto, aunque pasasen mil muertes: y así me acaeció, que cuando en las vidas de los Santos leemos que convirtieron almas, mucha más devoción me hacen y más ternura, y más envidia que todos los martirios que padecen, por ser esta inclinación que nuestro Señor me ha dado, pareciéndome, que precia más un alma que por nuestra industria y oración le ganásemos, mediante su misericordia, que todos los servicios que le podemos hacer.

5. Pues andando yo con esta pena tan grande, una noche estando en oración, representóseme nuestro Señor de la manera que suele, y mostrándome mucho amor, á manera de quererme consolar, me dijo—« Espera un poco, hija, y verás grandes cosas.» Quedaron tan fijadas en mi corazón estas palabras, que no las podía quitar de mí; y aunque no podía atinar, por mucho que pensaba en ello, qué podría ser, ni veía camino para poderlo imaginar, quedé muy consolada, y con gran certidumbre que serían verdaderas estas palabras: mas el medio cómo nunca vino á mí imaginación. Así se pasó, á mi imaginación y parecer, otro medio año, y después de éste sucedió lo que ahora diré.

CAPITULO II.

Cómo nuestro padre general vino á Ávila, y de lo que de su venida sucedió.

1. Siempre nuestros generales residen en Roma, y jamás ninguno vino á España (1), y así parecía cosa imposible venir ahora; mas como para lo que nuestro Señor quiere, no hay cosa que lo sea, ordenó su Majestad que lo que nunca había sido, fuese ahora. Yo cuando lo supe, parecíame que me pesó; porque, como ya se dijo en la fundación de San José, no estaba aquella casa sujeta á los frailes por la causa dicha. Temí dos cosas: la una, que se había de enojar conmigo, y no sabiendo las cosas cómo pasaban, tenía razón; la otra, si me había de mandar tornar al monasterio de la Encarnación, que es de la Regla mitigada, que para mí fuera desconuelo, por muchas causas, que no hay para qué decir. Una bastaba, que era no poder yo allá guardar el rigor de la regla primera, y ser de más de ciento y cincuenta el número: y todavía á donde hay pocas, hay más conformidad y quietud. Mejor lo hizo nuestro Señor, que yo pensaba; porque el general es tan siervo suyo, y tan discreto, y letrado, que miró ser buena la obra, y por lo demás, ningún desabrimiento me mostró. Llamábase fray Juan Bautista Rubeo de Ravena (2), persona muy señalada en la Orden, y con mucha razón.

2. Pues llegado á Ávila, yo procuré fuese á San José, y el Obispo tuvo por bien se le hiciese toda la cabida que á su misma persona. Yo le di cuenta con toda verdad y llaneza, porque es mi inclinación tratar así con los preladados, suceda

(1) Dos generales habían venido y tenido capítulo: en 1324 en Barcelona fray Juan Alerio, y en Perpiñán en 1354 fray Raimundo de Grasa: pero habían sido solamente para la corona de Aragón, donde la Orden del Cármen Calzado estaba muy extendida.

(2) El apellido Rubeo es latinizado al estilo de la época. Llamábase fray Juan Bautista Rossi. Vino á España en 1569, á instancias de Felipe II y con bula de san Pío V, recién subido al pontificado. Celebró capítulo provincial en Andalucía, y después pasó á Castilla. Nombróse provincial en esta á fray Alonso Gonzalez. Fray Angel de Salazar quedó de prior en Avila.

lo que sucediere, pues están en lugar de Dios, y con los confesores lo mismo: y si esto no hiciese, no me parecería tener seguridad mi alma; y así le di cuenta della, y casi de toda mi vida, aunque es harto ruin: él me consoló mucho, y aseguró que no me mandaría salir de allí. Alegróse de ver la manera de vivir, y un retrato, aunque imperfecto, del principio de nuestra Orden, y como la regla primera se guardaba en todo rigor, porque en toda la Orden no se guardaba en ningún monasterio, sino la mitigada; y con la voluntad que tenía de que fuese muy adelante este principio, dióme muy cumplidas patentes para que se hiciesen más monasterios, con censuras para que ningún provincial me pudiese ir á la mano. Yo no se las pedí, puesto que entendí de mi manera de proceder en la oracion, que eran los deseos grandes de ser parte, para que algún alma se llegase más á Dios.

3. Estos medios yo no los procuraba, ántes me parecía desatino; porque una mujercilla tan sin poder como yo, bien entendía, que no podía hacer nada; mas cuando al alma vienen estos deseos, no es en su mano desecharlos. El amor de contentar á Dios, y á la fe hacen posible, lo que por razon natural no lo es: y así en viendo yo la gran voluntad de nuestro reverendísimo general, para que hiciese más monasterios, me pareció los veía hechos: acordándome de las palabras que nuestro Señor me habia dicho, veía ya algún principio de lo que ántes no podía entender. Sentí muy mucho, cuando vi tornar á nuestro padre general á Roma: habiale cobrado gran amor, y parecíame quedar con gran desamparo. Él me lo mostraba grandísimo, y mucho favor, y las veces que podía desocuparse, se iba allá á tratar cosas espirituales, como á persona á quien el Señor debe hacer grandes mercedes: en este caso nos era consuelo oírle.

4. Aun ántes que se fuese el Señor Obispo, que es D. Alvaro de Mendoza, muy aficionado á favorecer á los que ve que pretenden servir á Dios con más perfeccion; y así procuró que le dejasen licencia para que en su obispado se hiciesen algunos monasterios de frailes descalzos de la primera regla. Tambien otras personas se lo pidieron: él lo quisiera hacer, mas halló contradiccion en la Orden, y así por no alterar la provincia, lo dejó por entónces.

5. Pasados algunos dias, considerando yo cuán necesario era, si se hacia monasterios de monjas, que hubiese frailes de la misma regla, y viendo ya tan pocos en esta provincia, que aún me parecia se iban á acabar, encomendándolo mucho á nuestro Señor, escribí á nuestro padre general una carta suplicándole lo mejor que yo supe, dándole las causas por dónde seria gran servicio de Dios; y los inconvenientes que podia haber, no eran bastantes para dejar tan buena obra, y poniéndole delante el servicio que haría de nuestra Señora, de quien era muy devoto. Ella debía ser la que lo negoció, porque esta carta llegó á su poder estando en Valencia, y desde allí me envió licencia para que se fundasen dos monasterios, como quien deseaba la mayor religion de la Orden. Porque no hubiese contradiccion, remitiólo al provincial que era entónces, y al pasado, que era harto dificultoso de alcanzar: mas como vi lo principal, tuve esperanza el Señor haría lo demás: y así fué, que con el favor del Señor Obispo, que tomaba este negocio muy por suyo, entrambos vinieron en ello.

6. Pues estando yo ya consolada con la licencia, creció más mi cuidado por no haber fraile en la provincia que yo entendiese, para ponerlo por obra, ni seglar que quisiese hacer tal comienzo. Yo no hacia sino suplicar á nuestro Señor que siquiera una persona despertase. Tampoco tenía casa ni cómo la tener. Héla aqui una pobre monja descalza sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes y de buenos deseos, y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra. El ánimo no desfallecía, ni la esperanza, que pues el Señor habia dado lo uno daría lo otro: ya todo me parecia muy posible, y así lo comencé á poner por obra.

7. ¡Oh grandeza de Dios! ¡Y cómo mostrais vuestro poder en dar osadía á una hormiga! ¡Y cómo, Señor mio, no queda por Vos el no hacer grandes obras los que os aman, sino por nuestra cobardía y pusilanimidad! Como nunca nos determinamos sino llenos de mil temores y prudencias humanas; así, Dios mio, no obráis Vos vuestras maravillas y grandezas. ¿Quién más amigo de dar, si tuviese á quién, ni de recibir servicios á su costa? Plega á vuestra Majestad que os haya yo hecho alguno, y no tenga más cuenta que dar de lo mucho que he recibido. Amen.

CAPITULO III.

Por qué medios se comenzó á tratar de hacer el monasterio de S. José de Medina del Campo.

1. Pues estando yo con todos estos cuidados, acordé de ayudarme de los padres de la Compañía, que estaban muy aceptos en aquel lugar en Medina, con quien, como ya tengo escrito en la primera fundacion (1), traté mi alma muchos años, y por el gran bien que la hicieron, siempre les tengo particular devocion. Escribí lo que nuestro padre general me habia mandado al rector de allí, que acertó á ser el que me confesó muchos años como queda dicho, aunque no le nombré: llámase Baltasar Alvarez, que al presente es provincial. El y los demás dijeron que harian lo que pudiesen en el caso, y así hicieron mucho para recabar la licencia de los del pueblo y del prelado, que por ser monasterio de pobreza en todas partes es dificultoso, y así se tardó algunos dias en negociar.

2. A esto fué un clérigo muy siervo de Dios y bien desahogado de todas las cosas del mundo y de mucha oracion. Era capellan en el monasterio á donde yo estaba, al cual le daba el Señor los mismos deseos que á mi, y así me ha ayudado mucho, como se verá adelante: llámase Julian de Avila. Pues ya que tenía la licencia, no tenía casa ni blanca para comprarla: pues crédito para fiarme, en nada. Si el Señor no le diera, ¿cómo le habia de tener una romera como yo (2)? Proveyó el Señor que una doncella muy virtuosa, para quien no habia habido lugar en San José que entrase, sabiendo se hacia otra casa, me vino á rogar la tomase en ella. Esta tenía unas blanquillas, harto poco, que no eran para comprar casa, sinó para alquilarla; y así procuramos una de alquiler, y para ayuda al camino. Sin más arrimo que este, salimos de Avila dos monjas de San José y yo, y cuatro de la Encarnacion,

(1) De aquí el nombre de *libro de primera fundacion* al de la *Vida ó grandezas del Señor*, porque allí escribió la fundacion del monasterio de San José.

(2) Peregrina, andariega, mujer que anda en romerías.

que es el monasterio de la regla mitigada, á donde yo estaba ántes que se fundase San José, con nuestro padre capellan Julian de Avila.

3. Cuando en la ciudad se supo hubo mucha murmuracion: unos decian que yo estaba loca; otros esperaban el fin de aquel desatino; el Obispo (segun despues me ha dicho) le parecia muy grande, aunque entónces no me lo dió á entender ni quiso estorbarme, porque me tenía mucho amor, y no me dar pena; mis amigos harto me habian dicho, mas yo hacia poco caso dello; porque me parecia tan fácil lo que ellos tenían por dudoso, que no podía persuadirme á que habia de dejar de suceder bien. Ya cuando saliamos de Avila habia yo escrito á un padre de nuestra Orden, llamado Fray Antonio de Heredia, que me comprase una casa, que era entónces prior del monasterio de frailes que allí hay de nuestra Orden, llamado Santa Ana. El lo trató con una señora que le tenía devocion, que tenía una que se le habia caido toda, salvo un cuarto, y era muy bien puesto. Fué tan buena, que prometió de vendérsela, y así la concertaron sin pedirle fianzas, ni más fuerza de su palabra, porque á pedir las no tuviéramos remedio: todo lo iba disponiendo el Señor. Esta casa estaba tan sin paredes, que á esta causa alquilamos estotra mientras aquella se aderezaba, que habia harto que hacer.

4. Pues llegando la primera jornada ya noche, y cansadas por el mal aparejo que llevábamos, yendo á entrar por Arévalo, salió un clérigo nuestro amigo, que nos tenía una posada en casa de unas devotas mujeres, y díjome en secreto cómo no teniamos casa, porque estaba cerca de un monasterio de Agustinos y que ellos resistian que no entrásemos ahí, y que forzado habia de haber pleito. ¡Oh válame Dios! Cuando Vos, Señor, quereis dar ánimo, ¡qué poco hacen todas las contradicciones! Antés parece me animó, pareciéndome, pues, ya se comenzaba á alborotar el demonio, que se habia de servir el Señor de aquel monasterio. Con todo, le dije que callase, por no alborotar á las compañeras, en especial á las dos de la Encarnacion (1), que las demás por cualquier trabajo pasarán por

(1) En el párrafo segundo de este capítulo dijo que eran cuatro las monjas que iban de la Encarnacion de Avila. Sin duda dos de ellas le inspiraban menos confianza que las otras dos del mismo monasterio.

mi. La una destas dos era superiora entónces de allí, y defendieronle mucho la salida, entrambas de buenos deudos, y venian contra su voluntad, porque á todas les parecía disparate, y despues vi yo que les sobraba la razon, que cuando el Señor es servido yo funde una casa destas, paréceme que ninguna cosa admite mi pensamiento, que me parezca bastante para dejarlo de poner por obra, hasta despues de hecho: entónces se me ponen juntas las dificultades, como despues se verá.

5. Llegando á la posada, supe que estaba en el lugar un fraile dominico, muy gran siervo de Dios, con quien yo me habia confesado en el tiempo que habia estado en San José. Porque en aquella fundacion traté mucho de su virtud, aqui no diré más del nombre, que es el maestro Fray Domingo Bañez: tiene muchas letras y discrecion, por cuyo parecer yo me gobernaba, y al suyo no era tan dificultoso, como en todos los que iba á hacer; porque quien más conoce de Dios, más fácil se le hacen sus obras, y de algunas mercedes, que sabia su Majestad me hacia, y por lo que habia visto en la fundacion de San José, todo le parecia muy posible. Dióme gran consuelo cuando le vi; porque con su parecer todo me parecia iria acertado. Pues venido allí, dijele muy en secreto lo que pasaba: á él le pareció que presto podriamos concluir el negocio de los Agustinos; mas á mi hacíase recia cosa cualquier tardanza por no saber qué hacer de tantas monjas, y así pasamos todas con cuidado aquella noche, que luégo lo dijeron en la posada á todos.

6. Luégo de mañana, llegó allí el prior de nuestra Orden Fray Antonio, y dijo que la casa que tenia concertada de comprar era bastante, y tenia un portal á donde se podia hacer una Iglesia pequeña aderezándole con algunos paños. En esto nos determinamos, al ménos á mi parecióme muy bien; porque la más brevedad era lo que mejor nos convenia por estar fuera de nuestros monasterios, y tambien porque temí alguna contradicion, como estaba escarmentada de la fundacion primera: y así queria que ántes que se entendiese, estuviese ya tomada la posesion, y así nos determinamos á que luégo se hiciese. En esto mismo vino el padre maestro Fray Domingo. Llegamos á Medina del Campo, vispera de nuestra Señora

ra de Agosto, á las doce de la noche: apeámonos en el monasterio de Santa Ana por no hacer ruido, y á pié nos fuimos á la casa. Fué harta misericordia del Señor, que aquella hora encerraban toros para correr otro dia, no nos topar ninguno. Con el embebecimiento que llevábamos, no habia acuerdo de nada: mas el Señor, que siempre le tiene de los que desean su servicio, nos libró, que cierto allí no se pretendia otra cosa. Llegadas á la casa, entramos en un patio, las paredes harto caidas me parecieron, mas no tanto como fué de dia se pareció. Parece que el Señor habia querido se cegase aquel bendito padre para ver que no convenia poner allí el Santísimo Sacramento.

7. Visto el portal, habia bien que quitar tierra dél, á teja vana, las paredes sin embarrar, la noche era corta y no traíamos sino unos reposteros (creo eran tres) para toda la largura que tenia el portal, era nada: yo no sabia qué hacer; porque vi no convenia poner allí altar. Plugo al Señor, que queria luégo se hiciese, que el mayordomo de aquella señora tenia muchos tapices della en casa, y una cama de damasco azul, y habia dicho nos diesen lo que quisiésemos, que era muy buena. Yo cuando vi tan buen aparejo, alabé al Señor, y así harian las demás, aunque no sabíamos qué hacer de clavos, ni era hora de comprarlos: comenzáronse á buscar de las paredes; en fin, con trabajo se halló recaudo. Unos á tapizar, nosotras á limpiar el suelo, nos dimos tan buena priesa, que cuando amanecia estaba puesto el altar y la campanilla en un corredor, y luégo se dijo la misa. Esto bastaba para tomar la posesion; no se cayó en ello, sino que pusimos el Santísimo Sacramento, y desde unas resquicias de una puerta que estaba frontero, veíamos misa, que no habia otra parte. Yo estaba hasta esto muy contenta; porque para mi es grandísimo consuelo ver una Iglesia más, donde haya Santísimo Sacramento, mas poco me duró, porque como se acabó la misa, llegué por un poquito de una ventana á mirar el patio, y vi todas las paredes por algunas partes en el suelo, que para remediarlo eran menester muchos dias.

8. ¡Oh váleme Dios! ¡Cuando yo vi á su Majestad puesto en la calle en tiempo tan peligroso como ahora estamos por estos luteranos, que fué la congoja qué vino á mi corazon!

Con esto se juntaron todas las dificultades que podían poner los que mucho lo habían murmurado, y entendí claro que tenían razón. Parecíame imposible ir adelante con lo que había comenzado; porque así como ántes todo me parecía fácil, mirando á que se hacía por Dios, así ahora la tentación estrechaba de manera su poder, que no parecía haber recibido ninguna merced suya: sólo mi bajeza y poco poder tenía presente. Pues arrimada á cosa tan miserable, ¿qué buen suceso podía esperar? Y á ser sola paréceme lo pasara mejor; mas pensar habían de tornar las compañeras á su casa con la contradicción que habían salido, hacíase me recio. También me parecía, que errado este principio, no había lugar todo lo que yo tenía entendido había de hacer el Señor adelante. Luégo se añadía el temor, si era ilusión lo que en la oración había entendido, que no era la menor pena, sino la mayor; porque me daba grandísimo temor, si me había de engañar el demonio.

9. ¡Oh Dios mio! ¡Qué cosa es ver un alma que Vos queis dejar que pene! Por cierto cuando se me acuerda esta aficción y otras algunas que he tenido en estas fundaciones, no me parece que hay que hacer caso de los trabajos corporales, aunque han sido hartos, en esta comparación. Con toda esta fatiga, que me tiene bien apretada, no daba á entender ninguna cosa á las compañeras, porque no las quería fatigar más de lo que estaban. Pasé con este trabajo hasta la tarde, que envió el rector de la Compañía á verme con un padre, que me animó y consoló mucho. Yo no le dije todas las penas que tenía, sino sólo la que me daba vernos en la calle. Comencé á tratar de que se nos buscara casa alquilada, costase lo que costase, para pasarnos á ella, mientras aquello se remediaba, y comenéceme á consolar de ver la mucha gente que venía, y ninguno cayó en nuestro desatino, que fué misericordia de Dios; porque fuera muy acertado quitarnos el Santísimo Sacramento. Ahora considero yo mi bobería, y el poco advertir de todos en no consumirlo, sino que me parecía que si esto se hiciera, era todo deshecho.

10. Por mucho que se procuraba, no se halló casa alquilada en todo el lugar; porque yo pasaba hartos penosos noches y días, porque, aunque siempre dejaba hombres que ve-

lases al Santísimo Sacramento, estaba con cuidado si se dormían, y así me levantaba á mirarlo de noche por una ventana, que hacía muy clara luna y podía bien ver. Todos estos días era mucha la gente que venía, y no sólo no les parecía mal, sino poniales devoción de ver á nuestro Señor otra vez en el portal: y su Majestad, como quien nunca se cansa de humillarse por nosotros, no parece quería salir dél. Ya despues de ocho días, viendo un mercader la necesidad (que posaba en una muy buena casa) dijónos fuésemos á lo alto della, que podíamos estar como en casa propia. Tenía una sala muy grande y dorada, que nos dió para Iglesia, y una señora que vivía junto á la casa que compramos, llamada doña Elena de Quiroga, gran sierva de Dios (1), dijo que me ayudaría para que luégo se comenzase á hacer una capilla, para donde estuviese el Santísimo Sacramento y también para acomodarnos como estuviésemos encerradas. Otras personas nos daban harta limosna para comer, mas esta señora fué la que más me socorrió.

11. Ya con esto comencé á tener sosiego, porque adonde nos fuimos estábamos con todo encerramiento, y comenzamos á decir las Horas, y en la casa se daba el buen prior mucha priesa, que pasó hartos trabajos; con todo tardaría dos meses, mas púsose de manera, que pudimos estar algunos años razonablemente: despues lo ha ido nuestro Señor mejorando.

12. Estando aquí yo, todavía tenía cuidado de los monasterios de los frailes, y como no tenía ninguno, como he dicho, no sabía qué hacer, y así me determiné muy en secreto á tratarlo con el prior de allí, para ver qué me aconsejaba, y así lo hice. Él se alegró mucho cuando lo supo, y me prometió que sería el primero. Yo lo tuve por cosa de burla, y así se lo dije; porque, aunque siempre fué buen fraile, y recogido, y muy estudioso, y amigo de su celda, que era letrado, para principio semejante no me pareció sería, ni tendría espíritu, ni llevaría adelante el rigor que era menester, por ser delicado, y no mostrado á ello. El me aseguraba mucho,

(1) El apellido de *Quiroga* está sobrepuesto en el original. Sin duda, habiendo puesto solamente el nombre, no halló despues inconveniente en poner el apellido.

y certificó, que habia muchos dias que el Señor le llamaba para vida más estrecha, y asi tenia ya determinado de irse á los Cartujos, y le tenian ya dicho le recibirian. Con todo esto no estaba muy satisfecha, aunque me alegraba de oirle, y rogúele que nos detuviésemos algun tiempo, y él se ejercitase en las cosas que habia de prometer: y así se hizo, que se pasó un año, y en éste le sucedieron tantos trabajos y persecuciones de muchos testimonios, que pareca el Señor le queria probar; y él lo llevaba todo tan bien, y se iba aprovechando tanto, que yo alababa á nuestro Señor, y me parecia le iba su Majestad disponiendo para esto.

13. Poco despues acertó á venir allí un Padre de poca edad, que estaba estudiando en Salamanca, y él fué con otro por compañero, el cual me dijo grandes cosas de la vida que este Padre hacia: llamábase Fray Juan de la Cruz. Yo alabé á nuestro Señor, y hablándole, contentóme mucho, y supe dél, como se queria tambien ir á los Cartujos. Yo le dije lo que pretendia, y le rogué mucho esperase hasta que el Señor nos diese monasterio, y el gran bien que seria, si habia de mejorarse, ser en su misma Orden, y cuánto más serviria al Señor. Él me dió la palabra, con que no se tardase mucho. Cuando yo vi ya que tenia dos frailes para comenzar (1), parecióme estaba hecho el negocio, aunque todavia no estaba satisfecha del prior, y así aguardaba algun tiempo, y tambien por tener adonde comenzar.

14. Las monjas iban ganando crédito en el pueblo, y tomando con ellas mucha devocion, y, á mi parecer, con razon; porque no entendian, sino en cómo pudiese cada una más servir á nuestro Señor: en todo iban con la manera de proceder que en San José de Avila, por ser una misma la regla y constituciones. Comenzó el Señor á llamar algunas para tomar el hábito; y eran tantas las mercedes que les hacia, que yo estaba espantada. Sea por siempre bendito, Amen. Que no parece aguarda más de ser querido, para querer.

(1) *Fraile y medio*, solia decir santa Teresa en vez de *dos frailes*, pues llamaba *medio fraile* á San Juan de la Cruz, por su poca estatura y juventud.

CAPITULO IV.

En que trata de algunas mercedes que el Señor hace á las monjas de estos monasterios, y dase aviso á las prioras de cómo se han de haber en ellas.

1. Háme parecido, ántes que vaya más adelante (porque no sé el tiempo que el Señor me dará de vida, ni de lugar, y ahora parece tengo un poco) de dar algunos avisos para que las prioras se sepan entender, y lleven las súbditas con más aprovechamiento de sus almas, aunque no con tanto gusto suyo. Háse de advertir, que cuando me han mandado escribir estas Fundaciones, dejando la primera de San José de Avila, que se escribió luégo, están fundados, con el favor del Señor otros siete monasterios hasta el de Alba de Tormes, que es el postrero dellos; y la causa de no se haber fundado más, ha sido el atarme los prelados en otra cosa, como adelante se verá. Pues mirando á lo que sucede de cosas espirituales en estos años en estos monasterios, he visto la necesidad que hay de lo que quiero decir: plega á nuestro Señor que acierte conforme á lo que veo es menester. Y pues no son engaños, es menester no estén los espiritus amedrentados; porque, como en otras partes he dicho, en algunas cosillas que para las hermanas he escrito, yendo con limpia conciencia y con obediencia, nunca el Señor permite que el demonio tenga tanta mano, que nos engañe de manera que pueda dañar el alma, ántes viene él á quedar engañado; y cómo esto entiende, creo no hace tanto mal, como nuestra imaginacion y malos humores, en especial si hay melancolia, porque el natural de las mujeres es flaco, y el amor propio que reina en nosotras muy sutil; y así han venido á mí personas, así hombres como mujeres muchas, junto con las monjas destas casas, á donde claramente he conocido, que muchas veces se engañan á sí mismas sin querer. Bien creo que el demonio se debe entremeter para burlarnos; mas de muy muchas que, como digo, he visto, por la bondad del Señor no he entendido que las haya dejado de su mano: por ventura quiere ejercitarlas en estas quiebras, para que salgan experimentadas.

2. Están, por nuestros pecados, tan caidas en el mundo

las cosas de oracion y perfeccion, que es menester declararme desta suerte; porque, áun sin ver peligro temen de andar este camino: ¿qué sería si dijésemos alguno? Aunque á la verdad en todo le hay, y para todo es menester, miéntras vivimos, ir con temor, y pidiendo al Señor nos enseñe y no desaparezca. Mas, como creo dije una vez, si en algo puede dejar de haber muy ménos peligro, es en los que más se llegan á pensar en Dios, y procuran perfeccionar su vida.

3. Como, Señor mío, veo que nos librais muchas veces de los peligros en que nos ponemos, áun para ser contra Vos, ¿cómo es de creer que no nos librareis, cuando no se pretende cosa más que contentaros y regalarnos con Vos? Jamás esto puedo creer: podría ser que por otros juicios secretos de Dios permitiese algunas cosas, que así como así habian de suceder, mas el bien nunca trajo mal. Así que esto sirva de procurar caminar mejor el camino, para contentar mejor á nuestro Esposo y hallarle más presto, mas no de dejarle de andar; y para animarnos á andar con fortaleza camino de puertos tan ásperos, como es el de esta vida; mas para no acobardarnos en adelante, pues en fin, yendo con humildad, mediante la misericordia de Dios, hemos de llegar á aquella ciudad de Jerusalem, adonde todo se nos hará poco lo que se ha padecido, ó no nada, en comparacion de lo que se goza.

4. Pues comenzando á poblarse estos palomarcitos de la Virgen nuestra Señora, comenzó la Divina Majestad á mostrar sus grandezas en estas mujercitas flacas, aunque fuertes en los deseos, y en el desasirse de todo lo criado, que debe ser lo que más junta el alma con su Criador, yendo con limpia conciencia. Esto no habia menester señalar, porque si el desasimiento es verdadero, paréceme no es posible con él ofender al Señor: y como todas las pláticas y trato no sale de Él, así su Majestad no parece se quiere quitar de con ellas. Esto es lo que veo ahora, y con verdad puedo decir: teman las que están por venir, y esto leyeren; y si no vieren lo que ahora hay, no lo echen á los tiempos, que para hacer Dios grandes mercedes á quien de veras le sirve, siempre es tiempo, y procuren mirar si hay quiebra en esto, y enmendarla.

5. Oigo algunas veces de los principios de las Ordenes decir que, como eran los cimientos, hacía el Señor mayores mer-

cedes á aquellos Santos nuestros pasados, y es así, mas siempre habian de mirar, que son cimientos de los que están por venir, y si ahora los que vivimos, no hubiésemos caído de lo que los pasados, y los que viniesen despues de nosotros hiciesen otro tanto, siempre estaria firme el edificio. ¿Qué me aprovecha á mí, que los Santos pasados hayan sido tales, si yo soy tan ruin despues, que dejó estragado con la mala costumbre el edificio? Porque está tan claro, que los que vienen no se acuerdan tanto de los que há muchos años que pasaron, como de los que ven presentes. Donosa cosa es que lo eche yo á no ser de las primeras, y no mire la diferencia que hay de mi vida y virtudes á la de aquellos á quien Dios hacía tan grandes mercedes.

6. ¡Oh váleme Dios! ¡Qué disculpas tan torcidas, y qué engaños tan manifiestos! No trato de los que fundan las religiones, que como los escogió Dios para gran oficio, dióles más gracia. Pésame á mí, mi Dios, de ser tan ruin, y tan poco en vuestro servicio, mas bien sé que está la falta en mí, de no me hacer las mercedes que á mis pasados. Lastimame mi vida, Señor, cuando la cotejo con la suya, y no lo puedo decir sin lágrimas. Veo que he perdido yo lo que ellos trabajaron, y que en ninguna manera me puedo quejar de Vos, ni ninguna es bien que se queje, sinó que si viera va cayendo en algo su Orden, procure ser piedra tal, con que se torne á levantar el edificio, que el Señor ayudará para ello.

7. Pues tornando á lo que decia, que me he divertido mucho, son tantas las mercedes que el Señor hace en estas casas, que si hay una de las hermanas, que la lleve el Señor por meditacion, todas las demás llegan á contemplacion perfecta, y otras van tan adelante, que llegan á arrobamientos, y á otras hace el Señor merced por otra suerte, junto con esto de darles revelaciones y visiones, que claramente se entienden ser de Dios. No hay ahora casa, que no haya una, ó dos, ó tres de estas. Bien entiendo que no está en esto la santidad, ni es mi intencion loarlas solamente, sinó para que se entienda, que no es sin propósito los avisos que quiero decir.

CAPITULO V.

En que se dicen algunos avisos para cosas de oracion, y revelaciones. Es muy provechoso para los que andan en cosas activas.

1. No es mi intencion, ni pensamiento, que será tan acertado lo que yo dijere aquí, que se tenga por regla infalible, que sería desatino en cosas tan dificultosas. Como hay muchos caminos en este camino del espíritu, podrá ser acierte á decir de alguno de ellos algun punto: si los que no van por él no lo entendieren, será que van por otro; y si no aprovecharé á ninguno, tomará el Señor mi voluntad, pues entiende, que aunque no todo lo he experimentado yo, en otras almas sí lo he visto.

2. Lo primero, quiero tratar, segun mi pobre entendimiento, en qué está la sustancia de la perfecta oracion, porque algunos he topado, que les parece está todo el negocio en el pensamiento, y si éste pueden tener mucho en Dios, aunque sea haciéndose gran fuerza, luego les parece que son espirituales; y si se divierten, no pudiendo más, aunque sea para cosas buenas, luego les viene gran desconsuelo, y les parece que están perdidos. Estas cosas é ignorancias no las tendrían los letrados, aunque ya he topado con alguno en ellas, mas para nosotras las mujeres de todas estas ignorancias nos conviene ser avisadas. No digo que no es merced del Señor, que siempre pueda estar meditando en sus obras, y es bien que se procure; mas háse de entender, que no todas las imaginaciones son hábiles de su natural para esto, mas todas las almas lo son para amarle, en que está la perfeccion más que en pensar. Ya otra vez escribí las causas deste desvario de nuestra imaginacion (á mi parecer no todas, que será imposible, mas algunas), y así no trato ahora de esto, sinó queria dar á entender, que el alma no es el pensamiento, ni la voluntad es bien que sea mandada por él, que tendría harta mala ventura, como está dicho arriba, por donde el aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sinó en amar mucho. Y si preguntáreis ¿cómo se adquirirá este amor? Digo,

que determinándose un alma á obrar, y padecer por Dios, y hacerlo cuando se ofreciere.

3. Bien es verdad, que del pensar lo que debemos al Señor, y quién es, y lo que somos, se viene á hacer un alma determinada, y que es gran mérito, y para los principios muy conveniente: mas entiéndase cuando no hay de por medio cosas que toquen en obediencia y aprovechamiento de los prójimos, á que obligue la caridad; que en tales casos, cualquiera destas cosas que se ofrezcan, piden tiempo para dejar el que nosotras tanto deseamos dar á Dios, que (á nuestro parecer, es, estarnos solas pensando en Él, y regalándonos con los regalos que nos da. De dejar esto por cualquiera destas dos cosas, es regalarle al Señor, y hacer por Él, dicho por su boca:—*Lo que hicistes por uno de estos pequeñitos, haces por mí.* Y en lo que toca á la obediencia, no querrá que vaya por otro camino, que el que bien lo quisiere, sígale, pues fué *obediens usque ad mortem*. Pues si esto es verdad, ¿de qué procede el disgusto, que por la mayor parte da, cuando no se ha estado mucha parte del día muy apartados y embebidos en Dios, aunque andemos empleados en estotras cosas? A mi parecer, por dos razones: la una, y más principal, por un amor propio, que aquí se mezcla muy delicado, y así no deja entender, que es querernos más contentar á nosotros que á Dios. Porque está claro, que despues que un alma comienza á gustar *cuán suave es el Señor*, que es más gusto estarse descansando el cuerpo sin trabajar y regalada el alma.

4. ¡Oh caridad de los que verdaderamente aman á este Señor y conocen su condicion! Qué poco descanso podrán tener si ven que son un poquito de parte, para que un alma sola se aproveche, y ame más á Dios ó para darle algun consuelo, ó para quitarla de algun peligro! ¡Qué mal descansará con este descanso particular suyo! Y cuando no puede con obras, con oracion, importunando al Señor por las muchas almas, que la lastima de ver que se pierden: pierde ella su regalo, y lo tiene por bien perdido, porque no se acuerda de su contento, sinó en cómo hacer más la voluntad del Señor: y así es en la obediencia. Sería récia cosa que nos estuviere claramente diciendo Dios, que fuésemos á alguna cosa que le importa, y no quisiésemos sinó estarle mirando, porque estamos más á

nuestro placer. ¡Donoso adelantamiento en el amor de Dios, es atarle las manos, con parecer que no nos puede aprovechar, sino por un camino!

5. Conozco algunas personas, que he tratado, dejado, como he dicho, lo que yo he experimentado, que me han hecho entender esta verdad, cuando yo estaba con pena grande de verme con poco tiempo, y así las había lástima de verlas siempre ocupadas en negocios, y cosas muchas que les mandaba la obediencia; y pensaba yo en mí, y aún se lo decía, que no era posible entre tanta barahunda crecer el espíritu, porque entonces no tenían mucho. ¡Oh, Señor, cuán diferentes son vuestros caminos de nuestras imaginaciones! Y cómo de un alma, que está ya determinada á amaros, y dejada en vuestras manos, no quereis otra cosa, sino que obedezca, y se informe bien de lo que es más servicio vuestro, y eso desee: no há menester ella buscar los caminos, ni escogerlos, que ya su voluntad es vuestra. Vos, Señor mio, tomáis ese cuidado de guiarla por donde más se aproveche. Y aunque el prelado no ande con este cuidado de aprovecharnos el alma, sino de que se hagan los negocios, que le parece convienen á la comunidad; Vos, Dios mio, le teneis, y vais disponiendo el alma, y las cosas que se tratan, de manera que, sin entender cómo, obedeciendo con fidelidad por Dios las tales ordenaciones, nos hallamos con espíritu y gran aprovechamiento, que nos deja después espantadas.

6. Así lo estaba una persona, que há pocos dias que hablé, que la obediencia le había traído cerca de quince años tan trabajado en oficios y gobiernos, que en todos estos no se acordaba de haber tenido un dia para sí, aunque él procuraba, lo mejor que podia, algunos ratos al dia de oracion, y de traer limpia conciencia. Es un alma de las más inclinadas á obediencia que yo he visto, y así la pega á cuantos trata. Hále pagado bien el Señor, que, sin saber cómo, se halló con aquella libertad de espíritu tan preciada, y deseada que tienen los perfectos, adonde se halla toda la felicidad que en esta vida se puede desear; porque no queriendo nada, lo posee todo. Ninguna cosa temen, ni desean de la tierra, ni los trabajos los turban, ni los contentos los hacen movimiento: al fin nadie les puede quitar la paz, porque ésta de sólo Dios depende;

y como á Él nadie le puede quitar, sólo temor de perderle puede dar pena, que todo lo demás de este mundo es, en su opinion, como si no fuese, porque ni le hace, ni le deshace para su contento.

7. ¡Oh dichosa obediencia y distraccion por ella, que tanto pudo alcanzar! No es sola esta persona, que otras he conocido de la misma suerte, que no las había visto algunos años había, y hartos; y preguntándoles en qué se habían pasado, era todo en ocupaciones de obediencia y caridad: por otra parte veíalos tan medrados en cosas espirituales, que me espantaban. Pues ea, hijas mías, no haya desconsuelo; mas cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores, entendid, que si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior.

8. Acuérdomé, que me contó un religioso, que había determinado y puesto muy por sí, que ninguna cosa le mandase el prelado que dijese de no, por trabajo que le diese; y un dia estaba hecho pedazos de trabajar, y ya tarde, que no se podia tener é iba á descansar sentándose un poco, y topóle el prelado, y díjole, que tomase el azadon, y fuese á cavar á la huerta. Él calló, aunque bien afligido el natural, que no se podia valer: tomó su azadon, y yendo á entrar por un tránsito que había en la huerta, que yo vi muchos años después que él me lo había contado, que acerté á fundar en aquel lugar una casa, se le apareció nuestro Señor con la cruz acuestas, tan cansado y fatigado, que le dió bien á entender, que no era nada el que él tenía en aquella comparacion. Yo creo, que como el demonio ve que no hay camino que más presto lleve á la suma perfeccion, que el de la obediencia, pone tantos disgustos y dificultades, debajo de color de bien, y esto se note bien, y verán claro, que digo verdad. En lo que está la suma perfeccion, claro está que no es en regalos interiores, ni en grandes arrobamientos, ni en visiones, ni en espíritu de profecía, sino en estar nuestra voluntad tan conforme con la de Dios, que ninguna cosa entendamos que quiere, que no la queramos con toda nuestra voluntad, y tan alegremente tomemos lo amargo, como lo sabroso, entendiendo que lo quiere su Majestad. Esto parece dificultosísimo, no el hacerlo, sino éste contentarnos con lo que de todo en todo nuestra

voluntad contradice conforme á nuestro natural, y así es verdad que lo es; mas esta fuerza tiene el amor, si es perfecto, que olvidamos nuestro contento, por contentar á quien amamos. Y verdaderamente es así, que aunque sean grandísimos trabajos, entendiendo contentamos á Dios, se nos hacen dulces; y desta manera aman los que han llegado aquí en las persecuciones y deshonras y agravios.

9. Esto es tan cierto, y está tan sabido y llano, que no hay para qué me detener en ello. Lo que pretendo dar á entender, es la causa que la obediencia, á mi parecer, hace más presto, ó es el mayor medio que hay para llegar á este tan dichoso estado; y esta es, que como en ninguna manera somos señores de nuestra voluntad, para pura y limpiamente emplearla toda en Dios, hasta que la sujetamos á la razón, es la obediencia el verdadero camino para sujetarla, porque esto no se hace con buenas razones, que nuestro natural y amor propio tiene tantas, que nunca llegaríamos allá, y muchas veces, lo que es mayor razón, si no lo hemos gana, nos hace parecer disparate, con la poca gana que tenemos de hacerlo.

10. Había tanto que decir aquí, que no acabaríamos de esta batalla interior, y tanto lo que pone el demonio, y el mundo, y nuestra sensualidad, para hacernos torcer la razón. ¿Pues qué remedio? Que así como acá en un pleito muy dudoso se toma un juez (1), y lo ponen en sus manos cansados de pleitear, tome nuestra alma uno, que sea el prelado ó confesor, con determinación de no traer más pleito, ni pensar más en su causa, sinó fiar de las palabras del Señor, que dice:—*Quien á vosotros oye, á mí me oye* (2), y descuidar de su voluntad. Tiene el Señor en tanto este rendimiento, y con razón, porque es hacerle señor del libre albedrío que nos ha dado, que ejercitándonos en esto una vez deshaciéndonos, otra vez con mil batallas, pareciéndonos desatino lo que se juzga en nuestra causa, venimos á conformarnos con lo que nos mandan, con este ejercicio penoso: mas con pena ó sin ella, en fin, lo hacemos, y el Señor ayuda tanto de su parte, que por la mesma causa que sujetamos nuestra voluntad y razón por él, nos hace se-

(1) Entiende aquí por juez al árbitro.

(1) Evangelio de San Lucas, cap. 10, vers. 16.

ñores de ella. Entónces, siendo señores de nosotros mismos, nos podemos con perfeccion emplear en Dios, dándole la voluntad limpia, para que la junte con la suya; pidiéndole, que *venga fuego del cielo de amor suyo, que abraze este sacrificio* (1), quitando todo lo que le puede descontentar; pues ya no ha quedado por nosotros, que, aunque con hartos trabajos, le hemos puesto sobre el altar, que, en cuanto ha sido en nosotros, no toca en la tierra.

11. Está claro que no puede uno dar lo que no tiene, sinó que es menester tenerlo primero. Pues créanme, que para adquirir este tesoro, que no hay mejor camino que cavar y trabajar, para sacarle de esta mina de la obediencia, que mientras más caváremos, hallaremos más; y mientras más nos sujetáremos á los hombres, no teniendo otra voluntad sinó la de nuestros mayores, más estaremos señores della, para conformarla con la de Dios: Mirad, hermanas, si quedará bien pagado el dejar el gusto de la soledad. Yo os digo, que no por falta de ella dejareis de disponeros, para alcanzar esta verdadera union, que queda dicha, que es hacer mi voluntad una con la de Dios.

12. Esta es la union que yo deseo, y querría en todas, que no unos embebecimientos muy regalados que hay, á quien tienen puesto nombre de union; y será así, siendo después de ésta que dejo dicha: mas si después de esa suspension queda poca obediencia y propia voluntad, unida con su amor propio me parece á mí, que estará, que no con la voluntad de Dios. Su Majestad sea servido de que yo lo obre, como lo entiendo.

13. La segunda causa, que me parece causa este sinsabor, es, que como en la soledad hay ménos ocasiones de ofender al Señor (que algunas, como en todas partes están los demonios, y nosotros mismos, no pueden faltar) parece anda el alma más limpia; que si es temerosa de ofenderle, es grandísimo consuelo no haber en qué tropezar: y cierto esta me parece á mí bastante razón para desear no tratar con nadie, que la dé grandes regalos y gustos de Dios. Aquí, hijas mías, se ha de

(2) Alude quizá al que hizo Elias bajar del cielo, segun refiere el libro 30 de los Reyes.

ver el amor, que no á los rincones, sinó en mitad de las ocasiones; y creedme, que aunque haya más faltas, y áun algunas pequeñas quebras, que sin comparacion es mayor ganancia nuestra. Miren que siempre hablo presuponiendo andar en ellas por obediencia y caridad, que, á no haber esto de por medio, siempre me resumo en que es mejor la soledad: y aunque hemos de desearla, aún andando en lo que digo, á la verdad este deseo él anda continuo en las almas, que de veras aman á Dios.

14. Por lo que digo que es ganancia, es, porque se nos da á entender quién somos, y hasta dónde llega nuestra virtud. Porque una persona siempre recogida, por santa que á su parecer sea, no sabe si tiene paciencia y humildad, ni tiene cómo lo saber. Como si un hombre fuese muy esforzado, ¿cómo se ha de entender, si no se ha visto en batalla? San Pedro hartó le parecía que lo era, mas miren lo que fué en la ocasion; mas salió de aquella quiebra, no confiando nada de sí, y de allí vino á ponerla en Dios, y pasó después el martirio que vimos.

15. ¡Oh, váleme Dios, si entendiésemos cuánta miseria es la nuestra! En todo hay peligro, si no lo entendemos, y á esta causa nos es gran bien que nos manden cosas, para ver nuestra baja. Y tengo por mayor merced del Señor un dia de propio y humilde conocimiento, que nos haya costado muchas aflicciones y trabajos, que muchos de oracion: cuanto más, que el verdadero amante en toda parte ama, y siempre se acuerda del amado. Récia cosa seria que sólo en los rincones se pudiese traer oracion: ya veo yo que no puedo ser muchas horas: mas, ¡oh Señor mio! ¿Qué fuerza tiene con Vos un suspiro salido de las entrañas de pena, por ver que no basta que estamos en este destierro, sinó que aún no nos den lugar para eso; ¿qué podríamos estar á solas gozando de Vos? Aquí se ve bien, que somos esclavos suyos, vendidos por su amor de nuestra voluntad á la virtud de la obediencia, pues por ella dejamos, en alguna manera, de gozar al mismo Dios: y no es nada, si consideramos que Él vino del seno del Padre por obediencia á hacerse esclavo nuestro. ¿Pues con qué se podrá pagar, ni servir esta merced? Es menester andar con aviso de no descuidarse de manera en las obras, aunque sean de obe-

diencia y caridad, que muchas veces no acudan á lo interior á su Dios. Y créanme, que no es largo tiempo el que aprovecha el alma en la oracion, que cuando le emplea también en obras, gran ayuda es, para que en muy poco espacio tenga mejor disposicion para encender el amor, que en muchas horas de consideracion. Todo ha de venir de su mano. Sea bendito por siempre jamás.

CAPITULO VI.

Avisa los daños que puede causar á gente espiritual, no entender cuándo han de resistir al espíritu. Trata de los deseos que tiene el alma de conulgar, y del engaño que puede haber en esto. Hay cosas importantes para las que gobiernan estas casas.

1. Yo he andado con diligencia procurando entender, de dónde procede un embebecimiento grande, que he visto tener á algunas personas, á quien el Señor regala mucho en la oracion, y por ellas no queda el disponerse á recibir mercedes. No trato ahora de cuando un alma es suspendida y arrebatada de su Majestad, que mucho he escrito en otras partes de esto, y en cosa semejante no hay que hablar, porque nosotros no podemos nada, aunque hagamos más por resistir, si es verdadero arrobamiento: háse de notar, que en éste dura poco la fuerza, que nos fuerza á no ser señores de nosotros. Mas acaece muchas veces comenzar una oracion de quietud, á manera de sueño espiritual, que embebece el alma de manera, que si no entendemos cómo se ha de proceder aquí, se puede perder mucho tiempo y acabar la fuerza por nuestra culpa, y con poco merecimiento.

2. Querría saberme dar aquí á entender, y es tan dificultoso, que no sé si saldré con ello, mas bien sé que si quieren creerme, lo entenderán las almas que anduvieren en este engaño. Algunas sé que estaban siete ú ocho horas, y almas de gran virtud, y todo les parecía era arrobamiento; y cualquier ejercicio virtuoso las cogia de tal manera, que luego se dejaban á sí mismas, pareciendo no era bien resistir al Señor; y así poco á poco se podrán morir, ó tornar tontas, si no procuran el remedio.

3. Lo que entiendo en este caso es, que como el Señor